

la violencia?... ¿Cómo afectó la violencia de una región la producción de otra no tan sacudida?... ¿A quién afectó materialmente la Revolución?"

*Georgette José Valenzuela.*

Carlos Martínez Assad: *El laboratorio de la revolución, El Tabasco Garridista*, S. XXI Editores, México, 1979.

Es una práctica generalizada visualizar la historia de las revoluciones y su secuela desde la perspectiva de los poderes centrales. Los análisis más frecuentes introducen los conflictos y poderes regionales sólo en tanto factores que se movilizan en función del enfrentamiento entre las distintas facciones políticas con alcances nacionales. Al parecer, la historia solamente pasa y se ejecuta en la capital de la nación; si para los franceses París es Francia, para los mexicanos el Distrito Federal es México. Por fortuna, el libro que nos ocupa cuestiona esa visión de la historia que, por ser centralista, limita y simplifica la complejidad y riqueza de los procesos históricos, sobre todo los de transición y construcción de nuevas estructuras sociales. Carlos Martínez Assad analiza detenidamente desde esa otra perspectiva el fenómeno del garridismo.

Tomás Garrido Canabal ocupó la gubernatura del estado de Tabasco por dos periodos (de 1922 a 1926 y de 1930 a 1934) e inspiró y promovió un complejo fenómeno histórico que se extendió hasta 1935. Esta experiencia histórica se ubica precisamente en el momento de consolidación del nuevo grupo revolucionario en el poder y en la fase de construcción y cimentación de las bases sobre

las que se asentaría el Estado posrevolucionario. El análisis que el autor hace de Garrido y sus influencias, le permite demostrar que así como la caída del porfiriato tuvo como principal escenario los campos de batalla de la provincia, la consolidación del nuevo proceso y el delineamiento del proyecto modernizador del México posrevolucionario también se moldeó influenciado en buena medida por las distintas experiencias que vivieron las distintas regiones. De esta manera, en opinión de Martínez Assad, la importancia de la obra de Garrido radica en que fue "uno de los casos más sobresalientes del 'caiquismo revolucionario'", dio gran importancia a la autonomía regional, revestida de un radicalismo ideológico que lo llevaría a un jacobinismo exacerbado y a una persecución que en primera instancia le permitiría destruir a sus enemigos políticos. Recreó la forma organizativa ideada por Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, y con la base de las Ligas de Resistencia de obreros y campesinos, el Partido Socialista Radical Tabasqueño mantuvo una verdadera alternativa de poder regional, cuando —dice el autor— "sumisamente otros partidos regionales se supeditaban a los dictámenes del PNR".

En el trabajo se pueden entrever dos ejes fundamentales. El primero sería la manera como imbricó la conflictiva regional con el proceso nacional puesto que la revolución rompió con la unidad nacional alcanzada hasta el porfiriato y la radicalidad del proceso despertó un conjunto de diversas fuerzas regionales que interpretaron el proceso de variadas maneras, resultando una heterogeneidad de las concepciones sobre el poder y de las reformas sociales que se pretendían efectuar. La consolidación del proceso en el nivel nacional obligó a definir un solo proyecto

que sería resultado de las distintas oposiciones existentes regionalmente. Aquí un segundo eje: la edificación de un Estado moderno capaz de introducir el país en los requerimientos de un más acabado proceso de acumulación de capital —la industrialización y reforma agraria— requería la institucionalización y centralización del poder; en esta medida hubo de transitar por un largo y complejo periodo en el que el poder central fue liquidando los cacicazgos regionales más peligrosos, a la vez que mantenía alianzas con aquellos que aceptaban el dominio del centro en tanto les otorgaba márgenes de cierta autonomía, hasta finalizar con la liquidación de los feudos políticos regionales y refuncionalizar sus estructuras sociales y de poder con los requerimientos del gobierno central en plena fase de institucionalización.

El poder y el proyecto garridista, como lo demuestra Martínez Assad, adquieren su esplendor por la capacidad de su dirigente para entender los hilos del poder nacional. Garrido Canabal se encumbra en el poder local al integrarse el binomio Obregón-Calles para derrotar la rebelión de lahuertista; posteriormente se vincula al reeleccionismo obregonista y, no obstante el asesinato del caudillo, tiene la habilidad de congraciarse con el general Calles, quien sería la cabeza política más importante hasta 1935. Es decir, el poder de Garrido hasta ese año radicó en su tino político para aliarse con las fuerzas políticas del centro que comandaron la dirigencia del proceso posrevolucionario, alianza basada principalmente en el apoyo del líder tabasqueño al poder central, recibiendo a cambio el respeto del Distrito Federal a su proyecto político y social regional.

En los márgenes de su autonomía regional, Garrido Canabal ejecutó

una política radical de modernización, que en ningún momento —como lo afirma el autor— fue más allá del radicalismo burgués, a pesar de que el discurso modernizador del garridismo manejó frecuentemente una retórica socializante. La escuela racionalista, el anticlericalismo y su política económica, son los elementos que constituyen la “trilogía” modernizadora del garridismo.

El autor resalta la labor educativa de Garrido que por su audacia, no dudó en romper con las políticas del centro para desarrollar una política más ambiciosa y jugó el papel de recubrimiento ideológico de su política regional. El proyecto de la escuela racionalista tuvo su principal apoyo en la teoría pedagógica del catalán Francisco Ferrer Guardia, a la que Garrido Canabal agregó nuevos elementos que le permitieron adecuarla a sus propósitos. El fin de la educación era desarrollar en el niño una consciencia libre de prejuicios religiosos, sexuales y de clase.

La información proporcionada muestra una política educativa que trató de incorporar al educando a la naturaleza mediante la formación de granjas escolares, y constituyó la primera, si no la única, experiencia del México moderno en la que oficialmente se incorpora la educación sexual a los programas educativos. Sin embargo, su desarrollo puso en evidencia dos conflictos: en el intento de erradicar los dogmas se impuso uno nuevo: la palabra del dictador Garrido, y la eliminación de los “prejuicios de clase” no encontró su correlato social porque el garridismo nunca se sustrajo de una visión empresarial de la economía.

El anticlericalismo ha sido la carta de presentación de Garrido ante la historia y los sectores clericales se encargaron de difundirla. La lucha contra el clero que promovió el

presidente Calles y que motivó el levantamiento Cristero, encontró en Tabasco a sus más fervientes y radicales promotores. Calles señaló al clero como uno de los principales responsables del atraso del país y utilizó a ese enemigo para lograr una cierta unidad entre los elementos revolucionarios e impulsar la modernización ideológica. El garridismo en Tabasco también señaló al "fanatismo clerical" como uno de los principales responsables del atraso popular, y se propuso destruirlo al extremo de casi erradicar todo vestigio clerical; desde luego, como lo dice Martínez Assad, sin menospreciar el anticlericalismo desplegado, vale la pena señalar que Tabasco era uno de los Estados donde la presencia del clero católico no había arraigado demasiado. El garridismo llegó a ser tan ferviente en su anticlericalismo, que no entrevió que el mismo serviría como pretexto para el exilio del líder en 1935 y para desplazar completamente al garridismo del panorama nacional en 1938.

El tercer elemento del proyecto modernizador fue su política económica, la cual se centró en la modernización de las estructuras de producción con un claro sentido capitalista; el autor es claro al afirmar: "El proyecto antioligárquico de Garrido no excluía —más bien complementaba— la creación de un empresario moderno, organizador de la producción, innovador técnico y puritano capaz de propiciar la intensificación y/o diversificación de la producción a fin de desencadenar un proceso creciente de acumulación de capital". En esta perspectiva también se ubica el apoyo que se otorgó al cooperativismo que lejos de pensarse en términos socializantes, siempre se concibió como organización de productores que regían la producción con base en el trabajo asalariado. Asi-

mismo, con este mismo espíritu se opuso a la introducción en el Estado de productos suntuarios y al consumo del alcohol; el esfuerzo productivo se orientó al incremento de la producción vía la inversión en los renglones que garantizaran el máximo aprovechamiento de los recursos de la región, de ahí que se le haya dado tanta importancia a la producción ganadera.

Tan exitosa fue la campaña anti-alcohólica que los mismos adversarios reconocieron que el Tabasco garridista era un Estado sin cantinas y sin alcoholismo, no obstante que la prohibición del consumo de bebidas alcohólicas posibilitara el enriquecimiento de algunos por el contrabando. Para redondear el proyecto modernizador sólo basta referir que fue el primer Estado que promovió y elaboró una política hacia la mujer en la que se le empezaban a reconocer derechos que todavía le serían negados por muchos años por el Estado nacional.

Martínez Assad también analiza los agentes políticos que ejecutaron el proyecto modernizador. Se podrían detectar tres sectores importantes. Primero una organización vertical de la mano de obra en lo que se denominó Liga Central de Resistencia, que agrupó a todos los trabajadores de la entidad y evitó que los organismos laborales nacionales penetraran el estado de Tabasco. Segundo, en el Bloque Juvenil Revolucionario, conocido por su vestimenta como los Camisas Rojas, se organizó a la juventud tabasqueña. Este organismo constituyó, en la práctica, uno de los agrupamientos más activos del proyecto garridista, hasta convertirse en virtual fuerza de choque; igualmente, fue el organismo juvenil que más promovió en el país la ideología socializante entre el estudiantado, de ahí que ocurrieran violentos enfren-

tamientos con los estudiantes de la capital, controlados mayoritariamente por organismos clericales. Finalmente, los maestros de la entidad constituyeron un tercer factor de apoyo de gran peso político ideológico en la entidad.

Para finalizar, el libro explica en detalle el derrumbamiento del feudo garridista en circunstancias en que, bajo el gobierno del general Cárdenas (1934-1940), el país y la dominación exigían otro tipo de cuadros políticos, la institucionalización estatal demandaba la homogeneización política y económica del país, el Estado imponía su presencia y su poder en todo el ámbito nacional y, por

último, eran otros los enemigos a los que se enfrentaban ya que el clero y los oligarcas habían dejado de ser los enemigos a doblegar. En suma, la caída de Garrido en 1935 marcó el principio del fin de su cacicazgo y de su proyecto radical; lo que prosiguió fue la refuncionalización de los logros del garridismo hacia la política del centro, imponiéndose un proyecto moderado y el restablecimiento de las estructuras de poder local bajo los designios del gobierno central; proceso que el libro de Martínez Assad demuestra con acierto.

*Rafael Loyola Díaz.*